

DOCUMENTOS

***Hacia una inmersión cívica*, artículo de Victoria Camps, catedrática de Filosofía Moral y Política en la Universitat Autònoma de Barcelona.**

HACIA UNA INMERSIÓN CÍVICA

Victoria Camps

"Conseguir una buena ciudadanía es una de las asignaturas pendientes de las democracias actuales". Quizás lo es todavía más en las democracias jóvenes como la nuestra, que dio por descontado un supuesto que la realidad no confirma: la idea de que la renovación de las instituciones y la instauración de la democracia producen automáticamente una regeneración de las personas. La realidad demuestra que eso no es cierto. La sensibilidad ciudadana o el sentido cívico no se improvisan de un día para otro, sino que piden un esfuerzo continuado y sostenido.

Es necesaria una transformación de la voluntad de las personas, hecho que sólo se produce si una serie de hábitos, costumbres o buenas maneras son cultivados con constancia, paciencia y asiduidad. El civismo es una actitud, un modo de ser basado en la convicción de que toda sociedad —o toda ciudad— tiene unos intereses comunes que hay que defender. Entendido así, el civismo ha acabado siendo el concepto que sintetiza los mínimos éticos que cualquier miembro de una comunidad democrática y laica tendría que aceptar y asumir.

Si damos por válida esta primera idea, la de que no es suficiente tener un régimen y unas instituciones democráticas para que las personas se sientan y se mantengan como buenos ciudadanos o ciudadanas, lo que tendremos que preguntarnos es: ¿cuáles son las causas, los motivos o las razones que hacen tan difícil o tan vulnerable la conciencia cívica? ¿Qué hace que las personas olviden tan rápidamente que vivir en comunidad implica preocuparse no sólo de uno

mismo, sino también de los demás? O que disfrutar de una serie de servicios y bienes públicos nos obliga a hacer nuestros unos determinados deberes: lo que es público tiene que ser conservado, utilizado con prudencia y con cuidado, muy repartido y distribuido, desde la creencia, otra vez, de que no estamos solos en este mundo, más bien que vivimos entre otras personas con necesidades parecidas a las nuestras. Volviendo a la pregunta anterior: ¿por qué nos cuesta tanto pensar en los demás?

Una respuesta casi obvia y frecuente a la mencionada pregunta es que vivimos una crisis de valores indudable y sin precedentes. El relativismo creciente, la falta de referencias claras y fijas, el tambalear de las tradiciones y las costumbres, la diversidad de formas de una institución tan básica como la familia, la ausencia de doctrinas religiosas o pseudorreligiosas..., todo acaba en desconcierto con respecto a los valores más fundamentales. Así, no pensamos en los demás porque hemos perdido el norte con respecto a los valores que tendrían que orientar la vida de las personas. La solidaridad, el respeto y un cierto altruismo son valores ausentes en un mundo marcado por la competitividad, la agresividad, y por un individualismo desde el cual todo lo que no sea el interés propio se convierte en una molestia que hay que eliminar.

CRISIS DE VALORES

Ahora bien, como decía antes, la respuesta que remite a la crisis de valores es una salida fácil que no va al fondo del problema. En primer lugar, hay que recordar que los valores éticos, que es de lo que estamos hablando, siempre han sido anhelos o ideales que se han querido alcanzar, no realidades ni componentes de nuestras prácticas. Ninguna época ha sido ejemplar en lo que concierne a la realización de unos valores éticos que, por otro lado, nunca han dejado de proclamarse. El divorcio entre la teoría y la práctica es uno de los grandes temas que han preocupado a los filósofos que han reflexionado sobre la ética, desde Aristóteles hasta Rawls o Habermas. La crisis de valores no es ninguna novedad. Si queremos afrontarla, lo que debemos preguntarnos es qué la motiva, qué hace especialmente difícil hoy que la gente se muestre más solidaria y más respetuosa.

Una respuesta tan insatisfactoria como la anterior sería la que quiere encontrar la causa de todos nuestros males en los defectos de la educación. A menudo nos lamentamos de que falta educación o que la educación es, en el fondo, "mala educación", para ser más claros. Con eso, trasladamos a las instituciones más propiamente educadoras —familia y escuela— el déficit de civismo. Es otro modo de salirse por la tangente, ya que si la educación es deficiente, lo que debería preocuparnos es por qué cuesta tanto educar bien. ¿Qué está pasando para que la familia, la escuela, la política, aun sabiendo y repitiendo que la educación es muy importante, acaben desentendiéndose de las obligaciones educativas o no triunfen en la labor de educar en y para el civismo? ¿Es un problema de desorientación respecto a los contenidos educativos, de falta de autoridad de los que tienen que educar, de desidia generalizada, o de falta de convicción con respecto a la gravedad del problema?

Intentaré apuntar cuáles son las circunstancias que hoy hacen especialmente difícil la educación cívica. Para empezar, la educación en los valores de la solidaridad y el respeto a los demás —que diría que son la síntesis de los valores cívicos— es más difícil que nunca porque la socialización es básicamente una socialización por el consumo. El individuo de nuestro tiempo es, por encima de todo, consumista, no ciudadano. Quiere ser libre sólo para disfrutar individualmente de la libertad, no para ponerla, ni que sea en una pequeña parte, al servicio de los demás. No es extraño que la formación en los valores democráticos y cívicos cueste tanto, cuando todo lo que tenemos alrededor incita a pensar sólo en uno mismo. Incluso la conciencia ciudadana, que parece despertar de vez en cuando y que últimamente se ha visto ejemplificada en las manifestaciones contra la guerra o en las movilizaciones para ayudar a los damnificados del *Prestige*, podría no ser nada más que la reacción a una necesidad no amortiguada completamente: la de enfrentarse a la mala conciencia provocada por la visión directa y a tiempo real de la prepotencia de los ricos y poderosos y la poca consideración hacia quienes sufren.

Nos encontramos, pues, ante el reconocimiento teórico de unos valores no sólo poco presentes o inexistentes en los comportamientos reales, sino casi

imposibles de ser impulsados. Para decirlo brevemente, los mensajes que envía la realidad cotidiana, la que ofrece la televisión, la que vivimos en casa o en el trabajo, la que vemos en la calle, destruye inmediatamente cualquier brote de idealismo que apunte a una realidad social más amable para todo el mundo.

EDUCAR PARA EL CIVISMO

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que educar cívicamente es algo más complicado que enseñar matemáticas o historia. No se trata de convertir el civismo en una asignatura más, sino que tendría que haber una inmersión total en el civismo: la inmersión en una realidad que nos bombardee constantemente con mensajes a favor del comportamiento cívico y, más importante todavía, que nos muestre el civismo en los comportamientos de nuestros dirigentes. ¿No es eso lo que hace la economía de mercado para socializarnos en el consumo? La publicidad, que es el soporte de una gran parte de la cultura que nos rodea, no contribuye a formar ciudadanos sino consumidores. Si educar en los valores cívicos es, sobre todo, una práctica y un aprendizaje que tiene un componente importante de imitación, hará falta imaginar y provocar una inmersión que produzca los efectos deseados. Las formas de vida se inculcan por esta vía. Así es como hemos conseguido avanzar en el conocimiento y el uso de la lengua, a través de una política real de inmersión lingüística. Si creemos de verdad que el civismo es tan importante, ¿no deberíamos hacer un esfuerzo similar al que hemos hecho por la lengua? Todo es cuestión de prioridades.

Tal como la entiendo, la inmersión tiene que contar con la complicidad de todo el mundo. No vale que, por ejemplo, un ayuntamiento decida poner en marcha una serie de proyectos de limpieza de las calles, amortiguación de los ruidos, de protección de los espacios públicos, de reciclaje de las basuras, si no hay un mínimo de vigilancia y diligencia por parte de las administraciones a fin de que las normas se apliquen. Tampoco habrá inmersión si lo que quiere construirse desde la escuela o desde las familias lo deshace una televisión que prescinde de los valores cívicos. Finalmente, tienen que ser los padres y las madres, el profesorado, los dirigentes políticos y no políticos, todos aquéllos que tienen más

responsabilidad y que son inevitablemente el marco de referencia de los más jóvenes, los que tienen que creer —y demostrar que se lo creen— que el civismo es un valor. El civismo se transmite sobre todo a través del ejemplo.